

## ALEXIS: UN TRATADO DE LA CONDICIÓN HUMANA

Toda obra literaria de calidad, como todo sistema conceptual, es reflejo de una gran pasión. Desde sus primeros escritos de juventud, desborda en Margarita Yourcenar la pasión por ser el caleidoscopio en el que la naturaleza humana se mostrará en toda su variedad y riqueza cromática, una y múltiple, misteriosa y sencilla, como agua que fluye en las manos del tiempo, el gran escultor.

*Alexis*, siendo una pequeña joya literaria, ofrece además un interés específico. Escrita a los 24-25 años, tras alguna obra menos afortunada y otras que no verán la luz hasta años más tarde, supone una primera muestra de los rasgos característicos que irán madurando en la obra de Yourcenar. La misma autora nos plantea algunas consideraciones de interés en el prólogo añadido 35 años más tarde.

La preocupación por el lenguaje y la consciencia de los problemas que plantea es una de las constantes que perdurarán a lo largo de toda su producción literaria. El paso del tiempo no determina cambios esenciales en la naturaleza hu-

mana, en sus tendencias y realizaciones, sino en el discurso mediante el cual el hombre intenta dar cuenta de sí mismo. Toda explicación es interpretación, y ésta no puede darse fuera de un determinado sistema necesariamente lingüístico. La obsesión por el descubrimiento de hechos singulares, primitivos, no interpretados, que reflejan diáfananamente su verdad o falsedad, ha desaparecido en favor del intento de descubrir las claves de cada interpretación, de cada juego lingüístico incardinado en un lugar y un tiempo precisos.

Desde esta perspectiva no es difícil comprender el interés de Yourcenar por empararse en la cosmovisión de cualquier momento histórico antes de dejarla fluir de su mano. Sólo desde esta profunda conciencia hermenéutica es posible escribir obras como su *Opus Nigrum* o *El Nombre de la Rosa*, de U. Eco. En el fondo todo problema de libertad es un problema de libertad de expresión. Las prohibiciones más peligrosas son las del lenguaje que nos constituye. Nos revelamos ante las servidumbres que descubrimos, pero rara vez tomamos consciencia de que la lente que nos posibilita enfocar tales esclavitudes es nuestra riqueza, pero también nuestro límite.

No es de extrañar, por tanto, que la autora se pregunte por el lenguaje que cederá a Alexis para su expresión. El vocabulario científico pierde su exactitud cuando es utilizado fuera del contexto para el que fue diseñado. Por otra parte, un lenguaje que se pretende máximamente general plantea en forma extrema el problema de la disolución de lo individual. Una vivencia será tanto más comunicable cuanto más estereotipada e impersonal sea. El precio de la comunicación es la renuncia a la intimidad. Tampoco la obscenidad es un recurso adecuado. El impacto inicial se agota rápidamente y «la brutalidad del lenguaje nos engaña sobre la banalidad del pensamiento».<sup>1</sup> Sólo el relato intimista, preñado de guiños, entonaciones y cadencias personales permitirá a Alexis ir en su confesión un paso más allá de los límites marcados por las palabras.

---

1. YOURCENAR, Margarita: *Alexis, o el tratado del inútil combate*, Madrid, Ed. Alfaguara, 8.º ed., 1984, p. 17.

Margarita Yourcenar reconoce guardar en su interior durante toda la vida sus personajes, permitiéndoles de algún modo seguir libremente su curso, cambiando, reescribiéndose, creciendo. Así, Adriano y Zenón aparecen y reaparecen en su obra, cual fieles compañeros que uno reencuentra en los momentos más inesperados, transformados por el paso del tiempo. La narración de Alexis, a diferencia de otros escritos, no ha sido modificada con los años, a excepción de algunas correcciones lingüísticas. Aunque la autora ya no suscriba algunas de las afirmaciones que pone en boca de su criatura, cualquier modificación habría sido perjudicial, debido al carácter tan personal de la confidencia, «unida estrechamente a un medio social, una época y un país hoy desaparecido de los mapas, (...) en la que sería imposible cambiar algo sin que se transformara la acústica del libro».<sup>2</sup>

La obra es una larga epístola que Alexis dirige a Mónica, su mujer, a la que abandonó sin mediar explicación alguna. Es una larga confesión en la que, a modo de ejercicio introspectivo, Alexis va recorriendo su vida intentando dar cuenta de la lucha sin cuartel que ha mantenido frente al problema que titubea en desvelar: su homosexualidad. Pero sería un error simplista considerar que tal es el objeto del libro. En todo caso, tal sería la perspectiva, pues «todo, hasta una tara, puede tener sus ventajas para un espíritu lúcido; nos procura una vista menos convencional del mundo».<sup>3</sup> Los temas abordados van desde la relación entre conocimiento y lenguaje, hasta consideraciones sobre la mujer, la música, el tiempo o la muerte, pasando por la teorización de las pasiones, la belleza y la naturaleza de la vida y del hombre. Tan amplio abanico de objetos de análisis refleja que, una vez más, Margarita Yourcenar se sirve de unas circunstancias y un personaje para escribir un capítulo del inacabable tratado de la naturaleza humana que constituye su obra.

Tomaremos como guía en nuestra aproximación el subtítulo de la obra: «Tratado del inútil combate» e intentaremos

---

2. *Ibidem*, p. 14.

3. *Ibidem*, p. 147.

justificarlo. Frente al «Tratado del inútil deseo» de Gide, desvelaremos de qué combate nos habla Yourcenar, y el porqué de su inutilidad.

El combate en cuestión es tan sólo uno en tanto que aceptemos la unicidad del combatiente. La unicidad del sujeto podría ser uno de los temas a rastrear en la obra. En cierto sentido podríamos entender el problema de Alexis como la imposibilidad que tiene un nombre de responder a la substancialidad que se le ha asignado. Sólo la aceptación de una identidad no sensible bajo la diversidad de manifestaciones nos autoriza a hablar de un combate. En cualquier caso, no es éste el tema que pretendo abordar: probablemente no sea más que una wittgensteiniana trampa para moscas sobre la que la analítica del lenguaje tiene sin duda aportaciones interesantes e liberadoras que hacer.

Dando por supuesta la existencia de Alexis como sujeto a la narración, intentaremos establecer una demarcación de los dominios en que se produce su combate. Si bien claramente interconectados, podemos hablar de tres frentes: la lucha de Alexis contra sí mismo, la oposición frente a los otros, a la sociedad, y el enfrentamiento con la misma vida.

Alexis vive escindido. Nos habla de su cuerpo y de su lucha contra él, de sus inclinaciones, de sus decisiones, como de algo ajeno y a menudo opuesto a su alma. Obsérvese que somos de nuevo prisioneros del lenguaje y que cada vez que alguien afirma «mi cuerpo es mío» está dando por supuesto un dualismo, está dando por supuesta la existencia de un yo que no es su corporeidad. Alexis oscila entre el descubrimiento progresivo de que «tantas emociones tienen una explicación biológica»,<sup>4</sup> de que «la vida no es más que un secreto fisiológico»,<sup>5</sup> y el rechazo enérgico y desesperado de ese mismo descubrimiento: «Ciertamente soy mejor que él, puedo hablar de él como si se tratara de un extraño, pero no comprendo las razones que me hacen su prisionero».<sup>6</sup> Tal vez sea el alma el

---

4. *Ibidem*, p. 43.

5. *Ibidem*, p. 43.

6. *Ibidem*, p. 103.

auriga que intenta trabajosamente conducir un carruaje indigno de las alturas. Acaso el alma no sea más que un engaño del que se sirve la sociedad para acomodarnos a sus necesidades. ¿Cómo es posible que la materia y la absoluta inmaterialidad puedan entrar en contacto y determinarse mutuamente? ¿No será el alma sino una función del cuerpo? La perenne discusión filosófica entre el alma y el cuerpo no tiene cabida en el discurso de una vida desgarrada. Alexis no teoriza en profundidad el problema, pero lo vive intensamente, y sus descripciones, y sus lamentos, ejemplarizan perfectamente la dualidad que pretenden explicar, que no resolver, los filósofos: «Sentimos que aquel cuerpo tiene su existencia particular, sus sueños (...). Sentimos (creemos sentir) que nuestra alma sólo es su mejor sueño. (...) A veces el alma muere antes que él».<sup>7</sup> «Se hubiera dicho que el instinto, para tomar posesión de mí, esperaba a que la conciencia se fuera».<sup>8</sup> «(...) quitarme de nuevo la ropa como hubiera deseado quitarme el cuerpo (...)».<sup>9</sup> «(...) nuestro espíritu y nuestro cuerpo tienen exigencias generalmente contradictorias (...)».<sup>10</sup> «(...) terminé por reconocer que nuestros instintos se comunican a nuestra alma y nos penetran por entero. (...) y mi alma, cuando la conocí mejor, me dio tanto asco como mi cuerpo».<sup>11</sup> «(...) el agotamiento del cuerpo termina por entumecer el alma».<sup>12</sup> «(...) no podemos saber lo que harán surgir entre dos seres las simpatías o antipatías de los cuerpos».<sup>13</sup> «(...) tuve la maravilla de recobrar mi cuerpo. Mi cuerpo que me cura de tener un alma».<sup>14</sup>

Esta colección de citas pone de manifiesto las vivencias del problema, a menudo contradictorias, que describe la carta. Es de destacar que, tras múltiples vacilaciones, Alexis se decanta progresivamente por asignar la primacía al cuerpo que, frente a la tradición, acaba representando la luz, la cu-

---

7. *Ibíd.*, p. 75.

8. *Ibíd.*, p. 78.

9. *Ibíd.*, p. 92.

10. *Ibíd.*, p. 94.

11. *Ibíd.*, p. 101.

12. *Ibíd.*, p. 108.

13. *Ibíd.*, p. 137.

14. *Ibíd.*, p. 163.

ración, la verdad. Habitualmente el don de la palabra fue considerado como una prueba de la existencia del alma, y la idea no es descabellada si pensamos en que las facultades que clásicamente se asignan al alma —memoria, entendimiento, voluntad— se ejercen especialmente de manera lingüística. No deja de ser, por tanto, relevante, que los modernos estudios sobre comunicación no verbal nos descubran algo que ya pertenecía a la sabiduría popular: qué difícil es mentir para el cuerpo, y cuán frecuentemente palabras y actitudes corporales se contradicen.

Asignado el rol de verdad al cuerpo, la lucha se convierte en combate contra la propia naturaleza, contra aquello que realmente uno es. El alma, la conciencia lingüística, engañada y aplastada por el discurso dominante, pretende erigirse en instancia salvífica. Sólo su presencia instaura el conflicto entre el ser y el deber ser. Pero la lucha, erróneamente enfocada, está en cierto sentido perdida de antemano. El intento de modificar las circunstancias, de huir, de tapar, de explicarnos en función de nuestro pasado, está condenado al fracaso porque «las verdaderas razones son siempre más íntimas, (...) se esconden dentro de nosotros».<sup>15</sup> La norma moral pretende a menudo velar por la supervivencia de una sociedad. Con frecuencia se convierte en valor lo que no ha sido sino el único medio de sobrevivir, tachando incluso de enfermo, de actuar contra natura, a quien no lo acata: «No saben que la naturaleza es más diversa de lo que suponemos: no quieren saberlo porque les es más fácil indignarse que pensar».<sup>16</sup>

Aun evitando las tentaciones, las situaciones que nos facilitarían actuar contra la norma, no podemos huir de nosotros mismos. Cuanto nos rodea nos interroga permanentemente, y en la proyección inevitable de nuestra íntima naturaleza, las preguntas nos vuelven bañadas en nuestra propia sangre. Nada palpable, nadie a quien culpar, la soledad tan sólo: «Los fantasmas son invisibles porque los llevamos dentro».<sup>17</sup>

---

15. *Ibidem*, p. 52.

16. *Ibidem*, p. 53.

17. *Ibidem*, p. 37.

En este contexto, la obra se va decantando hacia posiciones vitalistas que bien podrían estar inspiradas en Nietzsche. El pensamiento, la inteligencia, al menos entendida como la capacidad tortuosa de cálculo, previsión y desmenuzamiento analítico de la realidad, es una cualidad propia de espíritus débiles y resentidos que se opone a la inmediatez en la acción y la adaptación específica de la nobleza corporal. Nietzsche nos invita a no autolimitarnos, a abandonar la voluntad de negación que domina en la cultura occidental. Y no deja de ser significativo que Alexis-Yourcenar reproduzca casi literalmente una cita nietzschiana: «(...) todos nos transformaríamos si nos atreviéramos a ser lo que somos».<sup>18</sup>

Sin embargo, la fidelidad a la propia naturaleza no es tarea fácil. En realidad es una tarea imposible. Fidelidad, ¿a qué? La vida, y nosotros con ella, es perpetua movilidad, y «(...) toda nuestra existencia tiene por condición la infidelidad con nosotros mismos».<sup>19</sup> Podríamos considerar que se está pidiendo una cierta fidelidad al pasado de cada uno, por cuanto, en cierto sentido, es «(...) la única parte de nuestro patrimonio verdaderamente inalienable»,<sup>20</sup> o porque en buena medida el pasado nos determina a ser lo que somos. La discusión sobre la influencia relativa de lo que podemos llamar naturaleza o predisposición genética y el ambiente en la constitución de la persona, flota a lo largo de toda la reflexión de Alexis. Si antes hablábamos de la oposición entre lo que somos y lo que nos hacen ser, y del cuerpo como portador de verdad, tampoco podemos perder de vista que no sólo escribimos nuestra historia personal, sino que somos su producto. «Cada uno de nosotros tiene su vida particular, única, marcada por todo el pasado sobre el que no tenemos ningún poder y que a su vez nos marca, por poco que sea, todo el porvenir».<sup>21</sup> Alexis, en concesión al pujante psicoanálisis en el tiempo en que se sitúa el relato, se ve a sí mismo especialmente marcado por

---

18. *Ibidem*, p. 64.

19. *Ibidem*, p. 28.

20. *Ibidem*, p. 33.

21. *Ibidem*, p. 45.

su infancia: «Creo que aquellos años de infancia han determinado mi vida».<sup>22</sup>

Naturalmente, Margarita Yourcenar no permite a su personaje quedarse en una reconstrucción tan simplista en su lucha por el autoconocimiento. El pasado, como tal, ya no existe. Sólo perdura en tanto reconstrucción en la conciencia presente de lo que fue y ya no es. Podemos reconstruir nuestros hechos pasados y disponemos de los recuerdos de los demás como criterio de contraste frente a la falibilidad de nuestra memoria. En cambio, en relación, no a los hechos, sino a la vivencia de los hechos, a los sentimientos, a las motivaciones, no existe la posibilidad de contrastar con nada nuestro recuerdo. Incluso si contáramos con una especie de diario íntimo, no hay manera de saber qué se escondía detrás de las palabras en el momento en que fueron escritas. Estamos absolutamente a merced de la selección e interpretación, que siempre de manera interesada y condicionada, nos ofrezca nuestra memoria. «(...) también conseguimos engañar a nuestra memoria»,<sup>23</sup> «nuestras culpas (...) contaminan hasta el recuerdo del tiempo en que no las habíamos cometido»,<sup>24</sup> «si me equivoco, no puedo saber en qué, y nunca decidiré si mi inocencia de entonces era menor de lo que yo antes afirmaba o bien si soy ahora menos culpable de lo que pienso».<sup>25</sup> Así pues, el combate se extiende a la lucha semiinconsciente por acomodar nuestro pasado a nuestro yo presente.

Hasta aquí lo que podríamos llamar el frente más interno del combate. Pero si hemos hablado de conciencia lingüística, de discurso dominante, de moral, de ambiente o de educación, es obvio que estas contradicciones íntimas son absolutamente indisociables del medio exterior, y que hay que afrontar una nueva lucha desde el momento en que se descubre la violencia con que este entorno nos va engullendo empezando, por qué no reconocerlo, por aquello que más castrante resulta, en sentido literal y analógico.

---

22. *Ibidem*, p. 38.

23. *Ibidem*, p. 77.

24. *Ibidem*, p. 31.

25. *Ibidem*, pp. 31-32.

El autoconocimiento no puede limitarse a la introspección. Consciente o inconscientemente todos aplicamos la sentencia evangélica: «Por sus frutos los conoceréis». El hombre necesita verse reflejado en sus actos. Las personas que nos rodean aparecen como espejos que retornan la imagen proyectada: «Es la opinión de los demás la que confiere a nuestros actos una especie de realidad».<sup>26</sup> A menudo los reflejos son contradictorios, y esta circunstancia puede provocar una crisis de identidad. Pero pese a tal diversidad, todo grupo social presenta una serie de valores y esquemas comunes que podríamos buscar en una especie de inconsciente colectivo determinado históricamente. Tal comunidad es reconfortante para cuantos se cobijan bajo su manto: «Se creían normales, quizá porque sus vicios eran corrientes (...)».<sup>27</sup> La moral aparece como sancionadora de las repugnancias colectivas: «La gente se figura que reprueban ciertos actos porque la moral se opone; en realidad obedecen (tienen la suerte de obedecer) a repugnancias instintivas».<sup>28</sup> El problema de Alexis, y de tantos otros, es que, como decíamos más arriba, la naturaleza es más diversa de lo que se quiere suponer, y el refugio social sólo sirve para el patrón dominante; para quien no responde a la norma se convierte en una losa: «Mi único error (mi única desgracia más bien) era ser, no el peor de todos, sino únicamente diferente».<sup>29</sup> Incluso por un mecanismo reactivo, la opresión puede convertirse en incentivo o factor desencadenante para aquellos que incuban instintos prohibidos: «Nada nos empuja tanto a las extravagancias del instinto como la regularidad de una vida demasiado razonable».<sup>30</sup> Alexis-Yourcenar opta una vez más por la fidelidad a uno mismo, o al menos a la percepción subjetiva y presente del yo, pues ya hemos comentado las dificultades del tema: «No sabiendo vivir según la moral ordinaria, trato, por lo menos, de estar de acuerdo con la mía».<sup>31</sup>

---

26. *Ibidem*, p. 76.

27. *Ibidem*, p. 147.

28. *Ibidem*, p. 104.

29. *Ibidem*, p. 148.

30. *Ibidem*, p. 81.

31. *Ibidem*, p. 165.

A medida que vamos ampliando la espiral iniciada en la pura interioridad, nos acercamos a uno de los pensamientos que con más fuerza impregna toda la obra de Margarita Yourcenar: su concepción de la vida y la relación entre ésta y el conocimiento que de ella tenemos. Al leer a Yourcenar encontramos una fuerte resonancia de música heraclitana. De todos son conocidas las sentencias del «Oscuro»: «todo fluye», «nunca te bañarás dos veces en el mismo río», pero también «bajamos y no bajamos al mismo río, somos y no somos». La vida es incesante fluir, pero este flujo no destruye de manera radical la identidad. Al contrario, existe una razón, una ley, una armonía bajo los cambios, y podemos llegar a descubrirla. «Empezaba a comprender aquella libertad del arte y de la vida que sólo obedecen a las leyes que les permiten desarrollarse».<sup>32</sup> Intentamos penetrar en la realidad con el pensamiento y el lenguaje, pero éstos fijan, inmovilizan su continuo cambio. Tal vez no disponemos del instrumento adecuado para conocer. «La vida es más compleja que todas las definiciones posibles»,<sup>33</sup> «Las palabras sirven a tanta gente que ya no le convienen a nadie».<sup>34</sup> Las palabras nombran los hechos siempre de la misma manera y «sin embargo, no hay dos hechos idénticos en vidas diferentes, ni quizás a lo largo de una misma vida».<sup>35</sup>

Así pues, se establece una disociación entre la vida y la apropiación, constitutivamente lingüística, que de ella hace el hombre. Al igual que en la oposición cuerpo-alma el rol de verdad era asignado a la materialidad, aquí la simplicidad de la vida es opuesta a una innecesaria y desgraciada complejidad que sólo a nosotros corresponde. «(...) lloré de que la vida fuera tan sencilla y tan fácil si nosotros lo fuéramos lo bastante para aceptarla tal como es».<sup>36</sup> «Es nuestra imaginación la que se esfuerza en vestir las cosas, pero las cosas son divinamente desnudas».<sup>37</sup> «Hay algo puro en un acto, aunque sea

---

32. *Ibidem*, p. 160.

33. *Ibidem*, p. 44.

34. *Ibidem*, p. 46.

35. *Ibidem*, p. 46.

36. *Ibidem*, p. 114.

37. *Ibidem*, p. 72.

culpable, comparándolo con los pensamientos que de él nos formamos».<sup>38</sup>

Parece que hemos llegado a un callejón de difícil salida y éste es el punto en que todo escritor, todo pensador, debe tomar de manera ineludible una opción. El lenguaje aparece como petrificador y suplantador de una realidad en perpetuo movimiento. La fuente de conflicto y amargura no está en la vida sino en nosotros. Tal vez, pues, no haya más camino para el hombre que vivir en el silencio. Mas el hombre sin lenguaje ya no es tal. No hay más vida que tomar consciencia de nuestra realidad escindida y aceptarla. Luchar en todo caso por limar en lo posible la contraposición, intentar que el pensamiento adquiera la menor parte de la plasticidad que caracteriza a la vida. El combate por acomodar la naturaleza a la moral es inútil, en tanto que no es posible la reconciliación, y nocivo, en tanto que exige inmensos sacrificios a cambio de nada.

El combate es inútil porque, como citábamos antes, «El arte y la vida sólo obedecen a las leyes que les permiten desarrollarse»,<sup>32</sup> porque «(la naturaleza está) en todo lo presente en forma de necesidad: la fruta sólo cae a su hora, aunque el peso la arrastrara desde hacía tiempo hacia el suelo».<sup>39</sup> Se predica una postura estoica: el ideal del sabio radica en descubrir la ley que gobierna la naturaleza y acatarla. Sólo el insensato se opone a ella y no encuentra sino dolor. Alexis, después de su largo y penoso camino, sufriendo, arrepintiéndose, abandonándose, llegando a recrearse en su desgracia y a desear la muerte, acaba por descubrirlo así: «El valor consiste en dar razón a los acontecimientos cuando no podemos cambiarlos».<sup>40</sup> «Estaba impresionado por la extrema insignificancia de nuestras faltas más graves (...) si los remordimientos no prolongaran su duración».<sup>41</sup> «Lo que yo sentía (...) era el haber rechazado las posibilidades de felicidad».<sup>42</sup> «(...) y si me arrepiento

---

38. *Ibíd.*, p. 105.

39. *Ibíd.*, p. 71.

40. *Ibíd.*, pp. 138-139.

41. *Ibíd.*, p. 104.

42. *Ibíd.*, p. 159.

de algo, es de mi arrepentimiento».<sup>43</sup> Frente al «Tratado de inútil deseo», el criterio valorativo de Yourcenar es la autoafirmación y no la negación, la reconciliación y no la escisión: «(...) ningún placer es estéril cuando nos reconcilia con la vida».<sup>44</sup>

Tomando como base el Alexis, hemos pretendido hacer emerger las concepciones que refleja su autora sobre la moral, el lenguaje, el hombre, la vida... Una vez más, como cada vez que uno empuña el bolígrafo, es probable que el objeto haya quedado en segundo plano, y que del libro sólo quede una de sus enseñanzas: «Siempre hablamos de nosotros mismos».<sup>45</sup>

Joan Manuel BUENO i MATOS  
*I. B. Gili Gaya*

---

43. *Ibidem*, p. 160.

44. *Ibidem*, p. 108.

45. *Ibidem*, p. 39.